

soberanía del Franco Condado nunca sería Alsacia una posesión segura para el emperador y el Imperio (1).

Este documento, que fué entregado y recomendado por Schmettau á los plenipotenciarios ingleses, holandeses é imperiales que se hallaban en el Haya, era una reproducción corregida y aumentada de la solicitud que poco antes habían dirigido á Prusia é Inglaterra los cantones suizos protestantes, y su tendencia encaminábase únicamente á una reivindicación del Franco Condado en favor del Imperio y de la casa de Austria como antigua poseedora inmediata legítima, sin que se hiciera para nada mención, ni de cerca ni de lejos, de ningún plan de anexión por parte de Prusia (2).

Por lo demás, este episodio diplomático no tuvo por el momento ninguna consecuencia práctica, pues, según parece, los hombres de Estado reunidos en el Haya no se inclinaban á complicar con ese nuevo proyecto las negociaciones que por sí solas ofrecían ya bastantes dificultades. La cesión del Franco Condado no fué incluida por el Imperio alemán entre las condiciones que formuló para la paz, pero aquella idea, entonces suscitada, se reprodujo varias veces en lo sucesivo.

Durante las negociaciones del congreso del Haya, Luis XIV llegó en sus ofrecimientos hasta donde no había llegado nunca: el ministro Torcy, que al fin se presentó personalmente en el congreso y negoció allí en nombre de Francia, hizo las mas amplias concesiones, dejando entrever la posibilidad de una renuncia á toda la herencia española, sin mas excepción que Nápoles y Sicilia, que el monarca francés esperaba conservar para su nieto (cosa que el emperador rechazó en absoluto), y manifestando que Luis XIV se hallaba dispuesto á dar al Imperio alemán determinadas satisfacciones por lo que se refería á Alsacia y Estrasburgo. En la minuta de los preliminares para la paz (3), acerca de la cual pusieron de acuerdo en 28 de mayo de 1709 los representantes de Inglaterra, de Holanda y del emperador, se pedía la cesión al Imperio alemán de las plazas de Alt-Breisach y Estrasburgo, sin la obligación de demoler sus fortificaciones y con inclusión de todo el material de artillería que en ellas hubiera; exigíase, además, que las relaciones de posesión en Alsacia se determinaran conforme al texto expreso de la paz de Westfalia; y en cuanto á sus demás pretensiones los imperiales desistieron de ellas á instancias de los aliados.

El fracaso de las negociaciones fué debido, no á las exigencias de los alemanes, que reducidas como habían quedado á su menor expresión fácilmente habrían sido atendi-

(1) Lamberty: *Memorias, etc.*, tomo V, pág. 277; *Memorias para el Franco Condado á fin de que Su Majestad Imperial, el cuerpo del Imperio y sus altos aliados se sirvan libertar esta provincia de la dominación francesa*. Los autores de este documento son los habitantes del Franco Condado, y la manera como está redactado hace en extremo inverosímil que saliera de la pluma de un diplomático prusiano: las muchas y detalladas noticias que contiene demuestran mas bien que lo escribió un hijo de Neufchatel ó del Franco Condado, conocedor de los hechos locales. En dicho memorándum no se habla para nada de los derechos de Prusia sobre los bienes patrimoniales de los Orange en el Franco Condado.

(2) La hipótesis de un plan de anexión del Franco Condado á Prusia ha sido recientemente formulada en la obra de Bourgeois, en extremo deficiente y tan falta de fundamentos como sobrada de afirmaciones rotundas, *Neufchatel y la política prusiana en el Franco Condado* (Paris, 1887). Bourgeois observa con razón que es muy extraño que ni Droysen ni Noorden hablen poco ni mucho de este asunto que no deja de ser interesante, pero yerra cuando opina que esta cuestión escapó por completo á la atención de los historiadores alemanes y que él ha sido el primero en desenterrar el documento decisivo de la Colección de documentos de Lamberty. Véase en contra de esta afirmación, entre otras, *Las cortes y los gabinetes de Europa en el siglo XVIII*, de Forster, el cual, sin embargo, aprecia de una manera errónea la significación del documento.

(3) Lamberty: *Memorias, etc.*, tomo V, pág. 288; *Memorias del marqués de Torcy*, tomo I, pag. 304.

das (4), sino á las dificultades que llevaba consigo la cuestión española. Luis XIV habíase declarado dispuesto á aconsejar á su nieto, el rey Felipe V de España, que entregara su reino al Habsburgo Carlos III; pero en los preliminares de la paz exigíase de él que en el caso de que dentro de dos meses no se realizara la entrega (lo cual era casi seguro dada la oposición que los españoles hacían al pretendiente austriaco) se uniera con los aliados á fin de adoptar juntos las medidas necesarias para llevar á ejecución el artículo, y entretanto, y durante un armisticio que se firmaría por aquel plazo, cumpliera todas las demás condiciones de la paz, tales como la evacuación de Bélgica, la restitución de Estrasburgo, etc. A esta exigencia se opuso con toda su energía Torcy diciendo que de acceder á ella, Francia, con la evacuación de Estrasburgo y de las plazas que aun conservaba en Bélgica, se encontraría mas indefensa de lo que entonces se encontraba, y en el caso de que Felipe V se negara á ceder su trono al Habsburgo, ó tendría que adoptar contra él medidas violentas ó se vería expuesta á tener que continuar la guerra.

El ministro francés declaró que era imposible aceptar estas condiciones y algunos días después rompió toda negociación y regresó á París. «Los franceses dejarían de ser franceses, escribió entonces Mme. de Maintenon, si no pudieran buscar reparación para este ultraje;» y hasta la duquesa Isabel Carlota de Orleans, la del Palatinado, sintió hervir su sangre francesa y se desató en injurias contra las «bárbaras proposiciones de los aliados (5).»

La tentativa de paz había fracasado.

Los aliados habíanse imaginado durante las negociaciones del Haya que Luis XIV, completamente agotados sus recursos, se vería obligado á firmar la paz á cualquier precio y que aceptaría, por tanto, las mas duras condiciones.

Pero sus esperanzas víéronse defraudadas, pues el monarca francés, reuniendo precipitadamente sus últimas fuerzas, entró de nuevo en 1709 en campaña contra la Gran Alianza.

La suerte le fué en un punto favorable. El plan de los aliados consistía en que mientras Marlborough y Eugenio esperaban la gran batalla decisiva en Bélgica, se llevara á ejecución el tantas veces proyectado ataque contra el Sudeste de Francia. Para ello debía penetrar en el Delfinado, por el Sur y al través de Saboya, un ejército combinado piemontés austriaco mandado por el duque Víctor Amadeo y por el general imperial Daun (6), que á ser posible había de encender de nuevo en las Cevennes la rebelión que solo aparentemente había sido sofocada. Al propio tiempo un ejército imperial á las órdenes del general Mercy y el ejército del Imperio al mando del elector Jorge Luis de Hannover debían penetrar en el Franco Condado, de cuyos habitantes se esperaba un levantamiento favorable á los invasores. La idea que presidía en estos movimientos era que los dos ejércitos que por ambos lados avanzaran se encontrasen en el Delfinado ó en el Franco Condado para marchar juntos á poner sitio á Lyon.

Pero esta empresa fracasó por completo, pues ninguno de los movimientos proyectados se enlazó debidamente con el otro. El ataque desde el Piemonte resintióse desde un principio de la malévolactitud del malhumorado duque Víctor

(4) Que el Imperio consideraba entonces segura cuando menos la restitución de Estrasburgo, demuéstranlo las negociaciones que se entablaron para resolver cuál de los generales imperiales se haría cargo en lo sucesivo del mando de la plaza. Véase Arneth, tomo II, pág. 93.

(5) Noorden, tomo III, pág. 509.

(6) Debemos recordar que, gracias á la paz firmada con el Papa, el ejército imperial que á las órdenes de Daun se encontraba en el Sur y centro de Italia estaba en disposición de ser utilizado en otro punto.

Amadeo, enemistado con la corte de Viena: el feldmariscal Daun, abandonado por los piemonteses, no podía por sí solo llevar á cabo la misión que se le había confiado y vióse imposibilitado de moverse de las montañas saboyanas donde le cortó el camino el mariscal francés Berwick.

Igual fracaso sufrió la proyectada invasión del Franco Condado: el general imperial Mercy, cuyo ejército era á todas luces insuficiente, atravesó el territorio suizo por Basilea, avanzó hasta Huninga y allí esperó con impaciencia al ejército del Imperio mandado por el elector de Hannover que con él debía reunirse según el plan establecido. Mas antes de que este llegara cayó inesperadamente sobre él, el día 26 de agosto, una división francesa á las órdenes del general du Bourg, que le derrotó y le obligó á repasar con grandes pérdidas el Rin. La derrota fué tan terrible que el elector Jorge Luis de Hannover no se atrevió á avanzar hacia la Alta Alsacia, y Daun, al tener noticia de ella, consideró fracasado el plan y regresó al Piemonte. La tentativa de penetrar en Francia quedó, pues, una vez mas completamente frustrada.

Pero este era solo un episodio de importancia secundaria. Gracias á los titánicos esfuerzos de su país extenuado, afilido por el hambre y rendido por los impuestos, pudo Luis XIV poner en campaña en Bélgica un nuevo y numeroso ejército, el último que le era posible organizar, según el mismo confesaba, pero que en punto á fortaleza, á armamento y á aptitudes militares en nada cedía á los que le habían precedido. El mariscal Villars, á quien se dió el mando de estas fuerzas, tenía completa confianza en que disponiendo de este ejército daría la batalla decisiva y salvaría la Francia.

Este ejército tenía enfrente á los dos generales de la Gran Alianza, tan acostumbrados á la victoria: el príncipe Eugenio, que en el fondo veía con desagrado la continuación de la guerra y hubiera querido que las negociaciones de paz del Haya hubiesen tenido buen éxito (1), y Marlborough, que necesitaba nuevos laureles para fortalecer su poderío un tanto comprometido en Inglaterra. A pesar de esta diversidad de criterios, al estallar la nueva lucha los dos caudillos pelearon como siempre unidos y cooperando juntos al buen éxito de las operaciones (2).

En uno y otro campo existía el convencimiento de que en aquella campaña se jugaba el todo por el todo; una nueva derrota de los franceses, como la de Ramillies ó la de Oudenaarde, dejaría á Francia indefensa á merced de los vencedores; una batalla decisiva perdida por los aliados comprometería los resultados de todas las anteriores victorias y era de presumir que traería como consecuencia un relajamiento de los lazos ó quizás la disolución de la alianza.

A este convencimiento debióse la duración y lentitud relativas de aquella campaña que habiendo comenzado en junio duró hasta setiembre, mes en que se dió la batalla decisiva.

Marlborough y Eugenio presentaron en junio la primera batalla al general francés, pero este la evadió no abandonando las inexpugnables posiciones atrincheradas que ocupaba. Parecía que, como otras muchas veces había sucedido

(1) Véase Arneth, tomo III, pág. 68: «no vacilo en decir que arriesgamos mucho mas de lo que podemos ganar.»

(2) El coronel prusiano Grumbkow hace notar, en su memoria sobre la batalla de Malplaquet (Droysen, tomo IV, pág. 280), como cosa «muy extraordinaria, que desde el principio hasta el fin han sido siempre de la misma opinión, y aunque á menudo se han separado, las órdenes que cada uno ha dado por su lado han sido siempre como si hubiesen emanado de un solo hombre.»

en aquel país tan abundante en plazas fuertes, la guerra de sitio debía ser la única posible en aquella campaña. Por de pronto los aliados marcharon sobre Tournay, encargándose Marlborough de dirigir el sitio de esta plaza y situándose Eugenio en las cercanías para proteger á los sitiadores. Villars no intentó el ataque contra estos y á las cuatro semanas capituló la ciudad (30 de julio); pero la toma de la ciudadela adonde se había retirado el comandante Surville exigió un mes mas, y los aliados hubieron de realizarla abriendo difíciles minas y sufriendo grandes pérdidas: hasta el 3 de setiembre no se rindió aquella fortaleza cuyos defensores sufrieron los rigores del hambre.

Fué aquella una victoria importante, pero en manera alguna decisiva. En Inglaterra y en Holanda comenzaba á cundir el descontento en vista de que no se recibían noticias de triunfos de gran resonancia, y en Lóndres los enemigos de Marlborough no cesaban de agitarse. Todos esperaban con impaciencia la última gran batalla, después de la cual se esperaba que Luis XIV capitularía aceptando cuantas condiciones quisieran los vencedores imponerle (3).

Pero el general inglés evitaba por lo mismo cuidadosamente todo movimiento demasiado atrevido: miraba en Villars, que se mantenía en la expectativa espíandole desde sus fuertes posiciones, un adversario enfrente del cual la menor falta podía llegar á ser funestísima, y comprendía que un solo fracaso había de ser desastroso para él no solo en el teatro de la guerra, sino en su país. Inmediatamente después de haber tomado la ciudadela de Tournay, Marlborough y Eugenio resolvieron poner otro sitio que prometía rápido y seguro éxito: la plaza sobre la cual iban á caer era la capital del Hennegan, la fortificada Mons, que solo tenía una reducida guarnición francesa.

El mariscal Villars habíase fingido hasta entonces indeciso sin salir de sus inexpugnables posiciones, muy contra su gusto y su temperamento verdaderamente militar. Hacer la guerra con palas y azadones y permanecer detrás de líneas fortificadas, es decir, apelar á la táctica que tan magistralmente había practicado en Alemania el margrave Luis Guillermo de Baden, parecía indigno de un francés: «el que se esconde detrás de una línea, decía, tiene miedo; las trincheras entibian el ardor de las tropas; nuestros franceses están hechos para atacar al enemigo (4).» Su situación era en extremo difícil: se le había ordenado la mayor circunspección, le había sido confiado el último ejército francés y al propio tiempo se esperaban de él hazañas salvadoras, y todo esto teniendo enfrente á los dos mejores generales de aquel tiempo. Por esto había dejado que Tournay se rindiera; pero si abandonaba á Mons al enemigo, ¿no era de temer que en Paris se levantaran contra él amargas quejas? Por eso á la primera noticia de los movimientos del enemigo salió de su campamento fortificado de Denain y se encaminó á marchas forzadas hacia Mons para tomar oportunamente una posición cubierta, teniendo la plaza á la espalda, y frustrar de esta suerte los planes de los aliados.

Pero mas rápidamente aun frustraron Eugenio y Marlborough la tentativa de Villars: todo estribaba en que uno de los dos ejércitos que hacía Mons avanzaban pudiera ganar

(3) Véase sobre esto la manifestación hecha por Marlborough á Grumbkow (Droysen, tomo IV, pág. 281): «díjome, escribía el último refiriéndose á una conversación que había tenido con el primero la víspera de la batalla de Malplaquet, que tanto era lo que contra él y el príncipe Eugenio se clamaba en Inglaterra y en Holanda porque nada hacían disponiendo como disponían de un ejército tan bueno y tan numeroso, que era preciso para contentar á aquellas naciones realizar un brillante hecho de armas, añadiendo que en Inglaterra todo el mundo estaba contento con tal que el ejército combatiera.»

(4) De Vogué: *Villars*, tomo I, pág. 340.

sobre el otro algunas horas de ventaja: los aliados lo consiguieron dejando atrás al mariscal francés, y sus columnas pudieron situarse entre la plaza y el ejército de Villars que á ella se encaminaba.

El mariscal sólo podía elegir entre librar la batalla ó dejar que Mons fuera tomada, y así estaban las cosas antes de la batalla de Malplaquet que se dió en 11 de setiembre de 1709.

Fué aquella la batalla mas grande y de fijo la mas sangrienta de cuantas se libraron durante la guerra de sucesion española, habiéndose calculado que se encontraron en ella frente á frente unos cien mil combatientes por parte de los aliados y cerca de noventa mil por parte de los franceses (1). En uno y otro campo dirigian, peleaban y enseñaban los mas ilustres generales de aquella generacion y de las guerras futuras: Luis XIV habia enviado últimamente al general Villars, en calidad de asesor experto y, en caso necesario, de sustituto, el anciano mariscal Boufflers, el ilustre defensor de Lila, y además entre los oficiales jóvenes del ejército francés habia doce que estaban en posesion del baston de mariscal. En el campamento de Marlborough y Eugenio estaba el príncipe heredero Federico Guillermo de Prusia que entonces contaba veintiun años y que con profunda atencion y verdadero afan de aprender supo hacerse cargo de lo que mas adelante debia servirle (2). En el contingente prusiano que mandaba el general Lottum servia como abanderado el joven elector Cristóbal de Schwerin, el futuro vencedor de Mollwitz, y tambien tomó parte en la batalla bajo el cuidado del general sajón Matías de Schulemburg, despues gran general veneciano, el hijo de Augusto el Fuerte y de la condesa Aurora de Koenigsmark, Mauricio, niño de trece años, futuro «mariscal de Sajonia,» el que un día habia de conducir al ejército francés á las mas brillantes victorias.

El día 11 de setiembre se dió la batalla: Villars por la fuerza de las circunstancias combatió á la defensiva, esperando detrás de sus atrincheramientos, magistralmente contruidos, el ataque de los aliados, lo cual si por un lado explica las escasas pérdidas de los franceses, por otro no dejó de influir en la derrota de estos. La lucha fué sangrienta y se prolongó desde las primeras horas de la mañana hasta muy entrada la tarde: los dos bandos, dirigidos de una manera admirable, combatieron denodada y tenazmente y Villars se mostró digno adversario de los dos grandes generales que enfrente tenia. Largo tiempo estuvo indecisa la batalla: Villars fué herido en una rodilla, viéndose imposibilitado de continuar la lucha y siendo retirado de la accion sin sentido. Sustituyóle en el mando el mariscal Boufflers, pero este cambio en lo mas recio del combate fué funesto para la resistencia ya muy quebrantada del ejército francés, algunas de cuyas trincheras fueron tomadas por la infantería de los aliados. Detrás de estas y en campo raso trabóse un reñido combate de caballería que duró dos horas y cuyo éxito parecia dudoso hasta que dió un enérgico ataque la infantería aliada al frente de la cual iban los holandeses á las órdenes del príncipe de Orange, seguidos por los ingleses, prusianos, sajones é imperiales.

(1) Noorden, tomo III, pág. 533: este autor, sin embargo, señala las grandes dificultades que impiden hacer un cálculo seguro.

(2) «El príncipe real estuvo siempre al lado de Milord Duque (Marlborough) y del príncipe Eugenio en todos los puntos en que era necesaria su presencia: de seis hombres de armas que le acompañaban, fueron muertos dos junto á él, que mostró en todas partes una serenidad y una intrepidez dignas de la augusta sangre de donde ha salido.» Relato de la batalla del coronel prusiano Grumbkow, fechado en 15 de setiembre de 1709, inserto en Droysen, tomo IV, pág. 280. Véanse tambien las noticias relativas al príncipe heredero en Natzmer: *Cuadros vivientes del siglo que siguió á las grandes guerras alemanas* (Gotha, 1892), en la biografía del feldmariscal Dubislav Gneomar de Natzmer, que tambien tomó parte en la batalla, pág. 151.

La batalla no terminó con la derrota completa de los franceses: Boufflers hubiera podido continuar la lucha, aunque sin esperanza de triunfo; pero prefiriendo salvar para Francia un ejército no completamente vencido, á las cuatro de la tarde mandó suspender el combate y ordenó la retirada general, que se llevó á cabo magistralmente, retirándose los distintos cuerpos de ejército en perfecta formacion. Los vencedores estaban demasiado cansados para perseguir á los vencidos, así es que Boufflers pudo llegar tranquilamente hasta el campamento que se habia levantado entre Valenciennes y Quesnoy para que en él pudiera refugiarse el ejército en el caso de que hubiera de emprender la retirada.

Eugenio y Marlborough habian conseguido por fin la gran victoria que tanto deseaban, pues que habian quedado dueños del campo de batalla. La invencibilidad de ambos generales ilustres habíase confirmado nuevamente; pero la lucha contra los franceses protegidos por fuertes atrincheramientos habia costado terribles pérdidas. La batalla de Malplaquet ofrece la particularidad de que el número de muertos y heridos de los vencedores fué doble del de los vencidos, pues aquellos tuvieron mas de 22,000 bajas y estos unas 11,000. No habia, pues, que pensar en que los aliados pudieran, como se habia esperado, dirigirse hácia el interior de Francia y dictar delante de Paris la paz; bastante hicieron con poder sitiarse en las siguientes semanas y sin ser por nadie molestados la plaza de Mons, que se resistió mucho mas tiempo de lo que se creía, no rindiéndose hasta el día 20 de octubre.

La batalla de Malplaquet presenta, además, otra particularidad y es que los vencidos se mostraron casi mas satisfechos de ella que los vencedores. Para los aliados no fué la accion decisiva que habian esperado, sino que inmediatamente despues de la toma de Mons, Eugenio y Marlborough se dirigieron al Haya á fin de hacer los preparativos, cada vez mas difíciles, para la campaña del año siguiente, y entretanto habia fracasado sin gloria alguna la otra parte de los planes para 1709 concebidos, á saber, la empresa piemontesa-borgoñona de que ya hemos hablado. En Francia comenzábase entonces á respirar: pasado el primer terror, pronto los franceses llegaron á convencerse de que la jornada de Malplaquet habia sido en realidad una victoria para sus armas (3): el herido mariscal Villars fué el héroe del día; y los parisenses se burlaban del verdadero vencedor cantando el *Marlborough s'en va-t-en guerre*.

Pero todos estos síntomas de la indomable arrogancia de los franceses ¿qué significaban ante las terribles realidades que precisamente entonces ponian de manifiesto Boisguilbert en el *Factum de la France* y Vauban en su obra sobre el diezmo real, ambas impresas en 1707? Francia se encontraba al borde de la ruina interior, al paso que sus enemigos exteriores preparaban un nuevo y formidable golpe que cada día parecia mas imposible de resistir. Si Luis XIV se hubiera visto reducido á sus propias fuerzas, cada vez mas agotadas, no habria podido tardar mucho tiempo en sucumbir ante la adversa suerte.

En los años siguientes continuó la lucha armada, pero con la batalla de Malplaquet se habia llegado por ambas partes al punto culminante de la guerra bajo el punto de vista militar, y desde entonces la labor diplomática, comenzada hacia algunos años, fué adquiriendo cada vez mas preponderancia, hasta que pudo encontrar una solucion definitiva.

(3) «Los enemigos pueden decir que ganaron la accion, pues que quedaron dueños del campo de batalla; pero el ejército de Vuestra Majestad la ha ganado verdaderamente por el número prodigioso de muertos que en ella ha tenido el enemigo.» Villars á Luis XIV. Véase de Vogué, tomo I, pág. 379.

Esta solucion vino á consecuencia de nuevos y grandes acontecimientos que nadie hubiera podido calcular, ni siquiera prever.

CAPITULO VI

PACES DE UTRECHT, RASTATT Y BADEN

Durante la primavera de 1709 habíase presentado la ocasion de firmar una paz equitativa: todas las potencias aliadas contra Francia habrian podido entonces poner término á la guerra en condiciones favorables á los fines á que tendia la Gran Alianza de 1701. La preponderancia del Estado francés que constituía una amenaza para la libertad de Europa habia sido vencida por mar y tierra, y los intereses que especialmente el Imperio alemán defendia en aquella guerra habian conseguido una satisfaccion que podia considerarse suficiente para unas pretensiones moderadas.

Pero en realidad la base de 1701 habia sido hacia tiempo abandonada; nuevos puntos de vista habian sustituido á los antiguos, y se habian despertado y formulado nuevas ambiciones. Los holandeses exigian su *barrera* de fortalezas belgas, cuanto mas extensa mejor, como defensa permanente contra Francia; la política inglesa, en sus planes de conquista en las colonias, buscaba nuevos puntos de apoyo para su soberanía marítima en el Mediterráneo y en el Canal, y ambas potencias marítimas estaban resueltas á no abandonar la lucha sin que antes se les garantizasen de una manera amplísima sus antiguas y nuevas prerrogativas mercantiles. Al rechazar toda idea de reparticion, la sucesion íntegra é ilimitada de la casa de Habsburgo en la herencia española habia pasado á constituir el programa de la alianza. La continuacion ó conclusion de la guerra dependia de que se satisficieran todos estos intereses y á todo ello vino á agregarse que en Inglaterra, el miembro mas rico de la alianza y al propio tiempo dotado de mayores recursos militares, la continuacion de la lucha era la condicion en que descansaba el poder político del partido whig á la sazón gobernante y la que mayores ventajas económicas reportaba á elementos muy influyentes de la poblacion.

Que estando así las cosas y pudiendo la Francia aprontar siempre nuevas fuerzas para una resistencia desesperada, era poco menos que imposible llegar á una pacificacion general á no ocurrir nuevos acontecimientos de decisiva importancia, demostráronlo las inútiles tentativas de paz que se hicieron en 1710.

Luis XIV no habia cesado de trabajar por medio de negociaciones secretas para que se separara de la coalicion una ú otra de las potencias contra él aliadas: en Alemania habia explorado constantemente la opinion de la corte de Berlin, demostrando con ello que conocia perfectamente la situacion crítica de la política prusiana, y habia ofrecido las mas halagadoras condiciones para el caso de que Prusia retirara sus tropas y se mantuviera neutral. El rey Federico I, poco satisfecho de la conducta de sus aliados, especialmente de los holandeses, en la cuestion de la herencia de los Orange y descontento de la situacion subordinada que se le habia señalado dentro de la alianza, no rechazó en absoluto, ni mucho menos, las proposiciones que se le hacian.

Al mismo tiempo que las tropas prusianas combatian en Malplaquet, los agentes prusianos y franceses celebraban conferencias secretas para restablecer los antiguos lazos de amistad entre ambos Estados (1). Estos movimientos eran tanto

(1) Véase la carta del coronel Grumbkow al ministro francés de Torcy, de 5 de setiembre de 1709, en Droysen, tomo IV, págs. 283 y 300.

mas peligrosos cuanto que las relaciones entre las cortes de Berlin y Viena hacíanse cada vez mas tirantes. Decíase que el embajador prusiano en Viena, Bartholdi, habia hecho algunas manifestaciones propias para inspirar serios cuidados, habiendo dado á comprender que en el órden natural de las cosas estaba que en lo sucesivo el Imperio correspondiera á un príncipe protestante (2). Para vencer el disgusto del rey de Prusia y tenerle asegurado dentro de la alianza, presentóse en Berlin, en abril de 1710, el príncipe Eugenio por encargo del emperador, y merced á algunas dádivas y promesas vagas, logró atraerse al monarca y evitar que las tropas prusianas de Italia fueran retiradas, como se temia, de aquel teatro de la guerra. Pero cuanto mas se complicaban los asuntos en el Norte, cuestion de la cual luego hablaremos, y cuanto mas directamente afectados por ellos se sentian los intereses prusianos, tanto mas vacilante era la política de Prusia respecto de la Gran Alianza, siendo indudable que no podria ya contarse con este reino ni con sus tropas auxiliares.

Mas importantes que los arreglos intentados para atraerse á la corte de Prusia eran las nuevas negociaciones generales para la paz, á las cuales otra vez se prestó entonces Luis XIV y que se sostuvieron en Gertruydenberg desde marzo hasta julio de 1710. Estas negociaciones, en sus comienzos, tenian por objeto aceptar los tratados que en el año anterior habian fracasado en el Haya (3): el mariscal d'Huxelles y el abate Polignac, que negociaban en nombre de Francia, transmitieron la oferta de su rey de que estaba pronto á aceptar los preliminares de 1709 y solo exigia que se entablaran nuevas negociaciones acerca del artículo referente á España y acerca del alcance del armisticio que se firmara en el caso de que el rey Felipe V de España se negara á renunciar á su corona.

De los pormenores de las complicadísimas negociaciones que acerca de este punto se siguieron podemos prescindir y solo señalaremos como su rasgo característico que apenas se trató en ellas de las cuestiones que especialmente afectaban á los intereses alemanes. En tal estado las cosas en 1710, y gracias á las concesiones de Luis XIV, estaba casi fuera de discusion que se daria una satisfaccion al Imperio por lo menos en lo que se referia á Estrasburgo y á la Alsacia; pero dos circunstancias hicieron imposible toda inteligencia en aquella serie de ofertas y exigencias, de regateos y negativas.

Una de ellas fué que Luis XIV exigió entonces con mas energía que antes que se garantizara á su nieto una compensacion digna de un príncipe para el caso de que renunciara al trono de España, habiéndose propuesto como tal la cesion de las islas de Sicilia y Cerdeña, ó de Sicilia y Nápoles, ó de Aragon como reino independiente y otras varias combinaciones. Los holandeses, con tal de llegar á un arreglo, habrian consentido en la cesion de la isla de Sicilia que ya estaba en poder de los Borbones, pero todos los proyectos de esta clase fracasaron ante la enérgica oposicion de la corte imperial, la cual decia que si era precisa una compensacion para el rey Felipe, allá se las compusiera Francia, buscándosela á su propia costa, y llegó á proponer que para indemnizarle de la pérdida de la corona española Luis XIV cediera á su nieto la Borgoña, por ejemplo. De todos modos era indudable que el emperador no accederia espontáneamente á que se hiciera á Felipe V una donacion de territorios á costa de la herencia de los Habsburgos.

(2) Memoria del embajador veneciano Dolfin, en Armeth, tomo II, pág. 473: «ser justo que un día la corona imperial pase á honrar á los protestantes.»

(3) Véase mas arriba.